



LOS MUROS DE LA DISCORDIA

Levantados para garantizar la paz entre protestantes y católicos, aún hoy la ciudad de **Belfast** está plagada de ellos; es el legado de un conflicto que no está, ni mucho menos, olvidado.

FOTOGRAFÍAS, DIEGO MARTÍNEZ

LEMAS COMO 'END SECTARIANISM',
Bring down the walls y *Freedom* conviven con murales en los que puede verse a paramilitares. Hay unos 200 murales y casi cien arquitecturas defensivas, también denominados Muros de Paz. El primero se construyó en los años 20. Se pueden ver muchos en Falls Road, en el este: en la pared de lo que fue una empresa pastelera está el dedicado al Guernica, otro sobre Cuba, etc. También es muy famoso el dedicado a Bobby Sands, escritor miembro del IRA y primer preso republicano que murió durante las huelgas de hambre de 1981.



**END
END
END**

WORKER

**SECT
ARIA
NISM**
**It hasn't
gone away**

**BRING
DOWN
THE
WALLS**

PARTY

LA BANDERA IRLANDESA ondea en el Clonard Martyrs Memorial Garden, situado en la calle Bombay y dedicado a los civiles católicos y miembros del IRA que murieron en esta zona durante el conflicto. El territorio protestante está justo detrás de la reja que puede verse en la foto. Las casas y negocios de la calle Bombay fueron quemadas casi en su totalidad por los unionistas a finales de los 60, fecha de origen de The Troubles. Aún pueden verse en esta zona los *borders*, controles fronterizos para cruzar de un lado a otro.



EN LAS CERCANÍAS DE SHANKILL ROAD

pueden verse murales de todo tipo, incluso alguno paramilitar que ha sobrevivido a la limpieza realizada por el Ayuntamiento. Cuando fueron llegando los vientos de paz, el Consistorio decidió eliminar los murales violentos por otros con mensajes más positivos. A pesar de que el acuerdo del Viernes Santo, firmado por todos los partidos norirlandeses, está vigente desde 1998, aún siguen apareciendo murales violentos en los barrios más deprimidos de la ciudad o pintadas como KAT (*Kill all taigs*, mata a todos los católicos) y su contrapartida, KAH (*Kill all huns*, mata a todos los protestantes).



EN FALLS ROAD, BRENDAN HUGHES

mira a los peatones desde la pintada en la pared de la antigua fábrica Andrew Flour Mill. Hughes encabezó la primera huelga de hambre de los presos republicanos (previa a la de Bobby Sands) y compartió celda con Gerry Adams en la prisión de Long Kesh. En esta misma calle pueden verse otros murales de solidaridad con los presos palestinos, sobre la independencia del País Vasco, etc. En la cercana Northumberland Street, y coincidiendo con nuestra visita, se inauguró un mural en honor a los que fueron a luchar con las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española.



ES MUY DIFÍCIL DESTRUIR las barreras físicas cuando aún perviven las psicológicas. Por eso, ni católicos ni protestantes ven factible que en breve puedan tirarse los muros. De piedra, de metal, de cemento, con alambre de espino... Los hay que miden unos modestos cinco metros de altura y otros, como el de Cupar Street, dejan muy mermada la que ha sido la pared separatista más famosa de la Historia, la de Berlín. La larguísima Peace Line de la calle Cupar fue construida a principios de los años 70. Algunos se construyeron con el objetivo de durar seis meses pero fueron afianzándose y multiplicándose a lo largo del conflicto.

Si yo hubiera vivido durante treinta años a la sombra de un muro que se creó para protegerme, ¿cómo iba a querer que lo derribaran si no cambian las cosas? Claro que no quiero barreras físicas entre la gente, pero antes de tirar las físicas, hay que eliminar las barreras psicológicas". Quien se expresa con esta claridad meridiana es John

McQuillan, miembro de la asociación Belfast Interface Project, fundada en Belfast en 1995 y que se dedica a desarrollar proyectos entre jóvenes unionistas (protestantes) y nacionalistas (católicos). Chicos y chicas que por su edad no han vivido los años de mayor violencia pero que son presa fácil, sobre todo en los barrios más deprimidos, para aquellos nostálgicos –por denominarlos de alguna forma– de otros tiempos a todas luces peores. "Trabajamos con chicos de doce a veinte años que han crecido en tiempos de paz, pero que están mamando la violencia de sus padres o tíos", aclara McQuillan.

Belfast, capital de Irlanda del Norte, territorio del Reino Unido. Tierra fiel a la Corona Británica enclavada en una isla, Irlanda, donde el amor a los ingleses no es lo que más se profesa precisamente. Hubo un tiempo en que perteneció a las denominadas tres B (Belfast, Bagdad y Beirut), ciudades que, por una u otra razón, convenía evitar a toda costa. Para encontrar las explicaciones podríamos remontarnos a los libros de Historia, pero basta echar un vistazo a la época de The Troubles (años 70, 80 y 90 del siglo XX) para entender por qué no era una urbe recomendable: factorías en ruinas, pubs quemados, tiendas con rejas a prueba de bombas, comisarías blindadas, coches destrozados, puestos de control, ventanas rotas... En 1998 se acabaría firmando entre los partidos norirlandeses, todos excepto el Democrático Unionista, el denominado Acuerdo del Viernes Santo que puso fin a años de violencia. El texto establecía un gobierno compartido entre las facciones hasta entonces enfrentadas, en el que incluso tuvo cabida el Sinn Féin de Gerry Adams, aún cuando su brazo militar, el IRA, no había abandonado la lucha armada.

Atrás quedaron los días de violencia, éstos en los que el cielo estaba cubierto por el humo negro de los disturbios, ese tiempo en el que no podías acceder al centro de la ciudad al anochecer. Hoy, la almendra central es un hervidero de gente joven, artistas, pubs... Por la noche, la ciudad parece incluso transformarse en otra distinta y nos cuesta reconocerla viendo ese paisaje modernista, sabiamente iluminado, alrededor de la desembocadura del río Lagan. Y, sin embargo, el pasado virulento está bien presente en la arquitectura de Belfast, cuyo territorio sigue sembrado de los eufemísticamente denominados Muros de Paz, que se construyeron para proteger a una población de la otra. Para proteger y para dividir aún más. Vecinos separados por paredes cuya altura dejan muy mermada la del muro más famoso de la Historia, el de Berlín.

Interface Project ha censado casi cien barreras de seguridad o "arquitecturas defensivas" en diferentes zonas: la más antigua data de los años veinte. La más reciente, de hace unos seis años, según McQuillan. Junto a esas paredes separatistas están los murales, de los que se contabilizan unos 200, que hoy son reclamo de turistas pero que en su día sirvieron como plataformas visuales del discurso de todas las facciones implicadas en el conflicto.

Los murales tuvieron varias fases: los hay que cuentan la historia industrial (no olvidemos que de los astilleros de Belfast salió el *Titanic*), otros más alegóricos, sobre el protestantismo o el catoli-

cismo, según el barrio en el que nos hallemos... La fase más oscura corresponde a los años de pintadas de hombres armados. Y armados hasta los dientes: UFF Member, Ulster Defence Union, Ulster Defence Association, paramilitares de la Scottish Brigade... Ese ambiente que tuvo que ser opresivo se nota especialmente en las cercanías de Shankill Road, una de las zonas unionistas calientes en el pasado. Por doquier, paredes de casas con murales violentos. ¿Cómo dejar de serlo rodeado de estas decoraciones?

Según fueron llegando los vientos de paz, el Ayuntamiento decidió cambiar las pinturas paramilitares por otras más positivas: por ejemplo, el mural con dos hombres armados de la Scottish Brigade fue sustituido por uno titulado Gold Rush, en homenaje a unos niños que descubrieron, mientras jugaban, antiguas monedas de oro británicas. "Los murales no reproducen fielmente los años de la guerra. Nuestro conflicto no tenía nada que ver con el honor (y en algunas paredes puede interpretarse eso). Éste es un país pequeño y todo el mundo se conoce, la víctima conocía al verdugo, se hicieron cosas muy feas", afirma McQuillan. Este afable hombre, que pasa los 60, se siente irlandés y británico y no ve ninguna contradicción en ello. Reconoce que históricamente los católicos fueron discriminados en este territorio (y lo dice un unionista), y tiene claro que no quiere que la historia se repita. Da igual en qué lado vivas: quien más y quien menos, sea católico o protestante, tiene algún conocido o familiar que participó en el conflicto, de ahí que se necesiten aún años para que se cierren las heridas.

El padre de Mark Ervine, leal a la Corona, estuvo en prisión y allí le visitaba todas las semanas siendo niño. Ervine es el genial autor de algunos de los murales más famosos, como el de Guernica (en Falls Road), el dedicado a Frederick Douglass (*End sectarianism*, en Northumberland Street) y otros tantos distribuidos por toda la urbe. La virtud de Ervine es que es el único artista que ha pintado a ambos lados, es decir, tanto para protestantes como para católicos. "Pero siempre me negué a pintar paramilitares", nos explica en un pub de un barrio protestante. Ervine afirma haber sido un niño de la guerra: "De hecho no conseguía dormirme si no oía el helicóptero. Ha habido 400 años de conflicto y de mentiras, y la confianza no es algo que llegue de repente, por eso siguen existiendo el miedo y la sospecha. Las dos comunidades han sufrido mucho y ya basta. Imagino que mis hijos sí que harán este país diferente", cuenta.

Con esa esperanza sigue pintando paredes. Con esa esperanza siguen trabajando con jóvenes sin control parental en Interface Project. Hay pocas experiencias que unan a un colectivo y otro, aparte de la anterior y de algún que otro colegio mixto. Las comunidades siguen haciendo vida separadas, aunque físicamente sólo haya una pared de por medio. Y el ambiente, aunque es de paz, se ve enrarecido por altercados de cuando en cuando, como por ejemplo los que tuvieron lugar cuando se retiró la bandera británica del Ayuntamiento en diciembre de 2012, o como los que acontecen, cada verano, durante las marchas unionistas del 12 de julio.

La noche previa al desfile, los protestantes suelen quemar piras de madera en cuya cúspide colocan la bandera irlandesa. Los católicos, por su parte, protestan por el paso de la marcha. Y es que mientras se siga leyendo en las paredes KAT (*Kill all taigs*) o KAH (*Kill all huns*), los llamados Muros de Paz seguirán siendo, lamentablemente, necesarios en Belfast.

– LUCÍA MARTÍN